

**Jesús Suárez López, con la colaboración de Xosé Antón Fernández «Ambás» y Ramsés Ilesies, *Fórmulas mágicas de la tradición oral asturiana: invocaciones, ensalmos, conjuros*, Oviedo, Gobierno del Principado de Asturias, 2016, 701 pp.**

Puede que no haya literatura de raíz ni de tradición más viejas y de itinerarios más sincréticos y tortuosos que la de las fórmulas mágicas que han sido pronunciadas —en algunos rincones del mundo siguen todavía vivas— con el fin de alterar el curso del clima, de la vida, de la salud, del amor, del orden natural o de los accidentes de las cosas. No es aventurado suponer, de hecho, que habría fórmulas mágicas entre las palabras primeras que el ser humano farfulló mientras empezaba a adentrarse por la senda de una cultura distinta de la de las demás especies animales: antes —y no creemos que sea mucho conjeturar— de que hubiese cuentos, de que se contaran casos, de que las fórmulas de juegos y los cantos de amor y de muerte, o los de recibimiento de las estaciones y propiciación de las cosechas, pusiesen palabras y músicas de fondo a la vida de cada individuo y de cada comunidad.

*Fórmulas mágicas*. Con ese nombre afortunado —y con los de *invocaciones, ensalmos, conjuros*— es como quedan identificadas las unidades de discurso que llenan este libro de Jesús Suárez López, en el que se dejan de lado etiquetas como las de *oraciones* o *plegarias*, más convencionales y con denotaciones y connotaciones asociadas a las órbitas del cristianismo y, más en concreto, de la iglesia católica. Un credo, una institución social y política y un ingrediente que en no pocas ocasiones resulta ajeno o sobrevenido o postizo o invasor en la trama del verbo y en la textura ritual del complejo mágico.

Ese, el del título —*Fórmulas mágicas de la tradición oral asturiana: invocaciones, ensalmos, conjuros*—, es el primer acierto y la primera señal que emite este libro de que busca arriesgar y escapar de lo más previsible y consabido. Sus páginas son, en consonancia con ese objetivo, una invitación a peregrinar por un paisaje de versos y de poemas que no dejarán ningún regusto de tópico ni de manido. Las fórmulas mágicas que nos acerca son composiciones poéticas bien diferentes de las que estamos acostumbrados a sacar de la biblioteca —o del supermercado— del canon: hechas de versos de presencia ruda, métrica rebelde y desconcertante, tono brusco e imperioso, urgencia imperativa; de mensajes que están destinados no tanto a que los paladeen los humanos como a que encuentren eco entre los númenes misteriosos del más allá; de desafíos a nuestro ordenado imaginario de hoy y a nuestros más que refinados y manoseados gustos.

El que sean composiciones que no han sufrido demasiado —creemos— la presión de culturas y de religiones normalizadoras ni de escuelas poéticas cargadas de clichés les da un aspecto y un valor muy singulares, dominado por la aspereza y la indocilidad, por la franqueza de lo ancestral y de lo atávico. Ciertamente que todo este repertorio de fórmulas mágicas fue objeto de descrédito y hasta de persecución durante milenios —y no solo entre los siglos XV al XIX en que tuvo actividad formal la Inquisición—, por parte de la celosa Iglesia católica, que blandió contra ellas sus sínodos, decretos, excomuniones y, en los casos más enconados, sus cárceles. Pero no menos cierto es que esa persecución, más que

contribuir a su asimilación, a su dulcificación o a su blanqueamiento, propició su marginación y su encapsulamiento en repositorios apartados, muchas veces secretos, de la memoria y de la tradición, en los que han ido siendo transmitidas de una generación a otra con una tenacidad que solo puede ser forjada en situaciones de opresión y de resistencia.

Harían bien los historiógrafos de nuestra poesía y de sus raíces —en particular los especialistas en Antigüedad y en Medioevo que aspiran a otear o a reconstruir sustratos y paradigmas borrados por el paso del tiempo o sustituidos por novedades y modas— en examinar de manera muy concienzuda este crudo y rústico tesoro de versos y de estructuras poéticas. Por ellos no ha sido pasado —o ha pasado, si acaso, con muchísima liviandad— el peine de ninguna ortodoxia eclesial, ni de ninguna corte poética ni de ninguna tratadística retórica. Ello los convierte en un resquicio raro y privilegiado desde el que escrutar entre las sombras y cenizas de tradiciones pretéritas.

La efectividad de su comparación con las fórmulas mágicas atestiguadas en otras épocas y culturas —en registros medio-orientales y orientales muy anteriores a la época cristiana, y en tradiciones todavía vivas de Asia, África o de América, o de áreas europeas de tradición oral conservadora— confirma también que nos encontramos ante un corpus de versos de antigüedad acreditada y de rasgos poéticos que puede que no se diferencien demasiado de los que emitían, entre balbuceos, aquellos antepasados de las épocas augurales de nuestra especie.

Es obligado matizar justo aquí que estamos, por lo demás, ante un repertorio poético cuyo valor no estriba solo en sus presumibles arcaísmo y atavismo: su escenificación ritual y su eficacia simbólica, renovados en cada acto de performance, hace de él una literatura también del presente, incluso de lo urgente, hecha para responder o para adelantarse a peligros o a accidentes previstos o imprevistos, que pueden venir tanto del mundo de lo natural como de las penumbras de lo sobrenatural. Quienes pronunciaban estas palabras no lo hacían con el pensamiento puesto en ceñirse a modelos de mil años antes —aunque eran conscientes de que estaban ligadas a una costumbre inmemorial—, sino en que podían serles útiles para enfrentar un mal que estaba golpeando o acechando en aquel mismo momento.

Hay, dentro de este repertorio, hasta invocaciones, en estilo perfectamente tradicional, «para recuperar el fluido eléctrico», lo que prueba que no estamos ante una poesía congelada en la prehistoria ni en la preliteratura, sino ante un organismo verbal vivo y que nunca ha dejado de evolucionar, por más que lo haya hecho en el seno de un paradigma fuertemente tradicional:

Enciéndete Llocina,  
que te doy una perrina;  
enciéndete Lloczona,  
que te doy una perrona.

Se equivocará, por la misma razón que acabamos de apuntar, quien crea que estamos ante reliquias puras e incontaminadas de tradiciones verbales y rituales que vienen de la noche de los tiempos. Las adherencias cristianas —en los conjuros de santa Bárbara o de san Bartolomé contra tormentas y rayos, o en el responso de san Antonio, entre otros— afloran en no pocas páginas. Pruebas fehacientes del contubernio, que nunca ha dejado de tener actividad, por más condenas y estrategias de neutralización que se hayan querido imponer, entre magia y religión.

Muchas de estas fórmulas igual podrían tener, por lo demás, el respaldo de tradiciones de hace mil o diez mil años que ser constructos mucho más recientes, aunque bañados en pátinas de aspecto conservador. Nunca se puede estar del todo seguro con una materia poética oral que tiene una gran capacidad de resistencia pero también de mimetismo, y cuya vida pasada prácticamente en secreto, apartada —por la cuenta que le traía— de miradas indiscretas y de vigilancias eclesiales, ha debido auspiciar todo tipo de promiscuos cruces y combinaciones.

«Invocaciones a los astros», «a los animales», «a instrumentos musicales», «otras invocaciones» —«para sembrar cáñamo», «para cocer el pan»...—, «cantos de ascendencia mágica», «conjuros meteorológicos», «conjuros contra animales dañinos», «conjuros contra seres mitológicos», «conjuros de magia amorosa», «conjuros contra las asechanzas del diablo», «conjuros contra el mal de ojo», ensalmos para «enfermedades y dolencias infantiles», «enfermedades y dolencias de la piel», «enfermedades y dolencias de los ojos», «enfermedades y dolencias interiores», «otras dolencias menores», «enfermedades de los animales» y «accidentes y dolencias menores» son los apartados principales del libro, cada uno de los cuales se atomiza en cascadas profusas de subapartados y de versiones. Huelga decir que se trata de una clasificación más o menos laxa y tentativa. Ningún esfuerzo taxonómico del autor ni de nadie sería capaz de asignar dócilmente a cuadrículas incontestables un magma verbal que si se caracteriza por algo es por su sincretismo, por su dinamismo y por su renuencia o su indiferencia a los corsés en que nos vendría bien enfundarlo a los filólogos.

Se echa de menos, por supuesto, el repertorio de las plegarias y oraciones algo más cercanas a la nomenclatura, la ideología y el ceremonial del catolicismo y a las tradiciones populares —que tampoco dejan de estar atravesadas de ingredientes mágicos— relativas a la Virgen, los ángeles y los santos que tanta presencia ha tenido en la memoria y en la costumbre del pueblo. Me estoy refiriendo a las oraciones del tipo de las «cuatro esquinitas tiene mi cama, / cuatro angelitos que me acompañan...» y tantas otras que, aunque suelen ser etiquetadas como *oraciones de viejas*, solía rezar —o eran al menos conocidas— por las noches casi todo el mundo en la península Ibérica, y hasta hace no tanto tiempo.

Teniendo en cuenta que este volumen escorado más hacia las fórmulas esencialmente mágico-paganas (invocaciones, ensalmos, conjuros) ocupa el nada despreciable número de 701 páginas, puede excusarse tal omisión, aunque no hay razón para renunciar a que el futuro traiga los necesarios ampliación y complemento y de que podamos llegar algún día a conocer ese otro material cuyo interés no será inferior al que ahora se nos entrega. Ese segundo volumen que echamos de menos enriquecería notablemente no solo el corpus de base, sino también los registros y los tonos, porque seguro que se podría incluir en él un apartado —que no sería nada menor— relativo a las oraciones paródicas y a las contrahechuras, lo que introduciría el acento de lo cómico y el contrapeso de la crítica ideológica e incluso política contra la autoridad religiosa y sus símbolos y emblemas.

Las versiones de las fórmulas mágicas que se suceden en este libro están sistemáticamente acompañadas por informaciones contextuales muy valiosas acerca del medio ideológico y ritual en que se desarrollan, aportadas por los propios informadores —que añaden a veces testimonios de casos personales o cercanos, más cuentos, leyendas, versos...—, o por el autor del libro cuando se precisa su glosa o subrayado.

«Funcionalidad», «ritual», «distribución geográfica» (dentro de la región asturiana), «observaciones», son las casillas en las que queda dosificada toda esa

información, que en ocasiones es profusísima. Los apartados de «observaciones» son, en efecto, los espacios en que Jesús Suárez López vierte una erudición acumulada a lo largo de muchísimos años de estudio de este repertorio. Sustentada no solo sobre su experiencia de campo personal, intensísima y de décadas, y sobre su perfecto conocimiento de todos los géneros de la literatura oral y de todos los aspectos de la vida campesina asturiana, sino también sobre una bibliografía —«asturiana», «hispanica», «internacional», «varia»— abrumadora, pluricultural, pluridisciplinar, cuyo detalle va desde la página 671 a la 695. Las «observaciones», por poner un ejemplo entre muchos que podríamos destacar por su mérito, consignadas en las páginas 401-420, acerca de los conjuros para la eliminación de las lombrices, tienen la densidad y la calidad de una monografía científica que podría haber brillado como artículo independiente en cualquiera de las mejores revistas de filología, etnografía o antropología del mundo.

Mención aparte merece la sensacional y muy poco convencional «Introducción», en la que Suárez López se propone hacer una contextualización histórico-literaria primera y somera de sus fórmulas mágicas; traza después una «tipología» que desciende hasta a acotar repertorios como los de los «ensalmos narrativos», «imperativos», «rogativos», «analógicos», «transferenciales», «enumerativos», «figurativos», «sacrificiales»; aventura tipos y modalidades asociados a la geografía —particularmente a las áreas «oriental», «centro-oriental», «central» y «occidental»— de la región asturiana; evalúa lo que las campañas de trabajo de campo realizadas por él han sumado a los materiales —mucho más pobres: anotados con peores criterios y medios, editados y estudiados de modo mucho más rudimentario— consignados en la bibliografía regional que fue siendo construida desde el siglo XIX; justifica los «criterios de ordenación y edición del corpus de textos» y las «coordenadas histórico-geográficas para un estudio comparativo»; y evalúa, en fin, «la percepción que los sujetos protagonistas del repertorio oral de fórmulas mágicas tienen sobre este fenómeno [...] que se circunscribe exclusivamente al aprendizaje recibido por transmisión familiar y a su propia experiencia personal».

Este último apartado, que busca dar cuenta de los significados que los transmisores piensan que tienen sus saberes y sus rituales, es enormemente significativo y original, por cuanto no ha solido adornar hasta ahora las monografías que han abordado las compilaciones de literatura oral. Y está iluminado, además, por fotografías impresionantes de muchos de los informadores y de los entornos en que viven ellos y se desarrolla su cultura.

Hay una cosa más que se echa en falta, en todo caso: la posibilidad de escuchar y de ver en movimiento, en los labios, el gesto y el entorno de sus transmisores, el tesoro de palabras que este libro confía a la cifra escueta y simplificadora de la escritura. La entonación, el ritmo, el cuerpo, el lenguaje no verbal, la mirada, el ritual, el paisaje, el modo de posicionarse física y anímicamente ante el fenómeno natural, el accidente o la enfermedad son ingredientes esenciales, en absoluto accesorios, dentro del complejo cultural de la magia. Y ningún libro escrito, ni siquiera un libro tan bien diseñado, ordenado, argumentado, editado, ilustrado como este —la presentación material del volumen, en tapa dura, es realmente hermosa y cuidada— puede ser sustituto de la voz y de la imagen, del temblor y la emoción que el documento audiovisual es capaz de trasladar de manera mucho más rica y fidedigna que cualquier letra. Por eso esperamos que este volumen no haya quedado definitivamente clausurado en su página 701, y que en un futuro próximo encuentre alguna fórmula, no necesariamente mágica, para seguir vivo, creciendo y terminando de poner a nuestro alcance todo ese registro de sonidos, gestos e imágenes que por el momento ha quedado al margen.

Su autor es, además de un filólogo y etnógrafo de obra excepcional, un fotógrafo y documentalista de enorme prestigio, que está poniendo muchos de sus materiales audiovisuales al alcance de todo el mundo, en soportes tecnológicos e internáuticos varios (en el Archivo de la Tradición Oral de Asturias / Archivu de la Tradición Oral d'Asturies, por ejemplo), que no solo permiten acercamientos muy productivos a toda la comunidad científica y académica, sino que pueden tener también proyecciones educativas y divulgativas de grandes alcances. En esos soportes se abren ya algunas ventanas que permiten un acercamiento muy profundo y comprensivo, complementario del que este libro auspicia, a algunas de estas *Fórmulas mágicas de la tradición oral asturiana: invocaciones, ensalmos, conjuros*. No a todas. Los excepcionales calidad y valor literario, antropológico, sociológico, cultural que tiene este repertorio reclaman más.

Nos encontramos, en fin, ante una obra mayor más de las ya muchas que Jesús Suárez López ha ido subiendo al olimpo de las recuperaciones y estudios de literatura oral, etnografía y antropología de Asturias, del mundo hispánico y del mundo a secas. Acaso sea posible decir ya que, gracias a su generoso e insobornable esfuerzo personal, Asturias es la comunidad ibérica que cuenta con un patrimonio oral inmaterial mejor documentado en los soportes escrito y audiovisual; y además de eso, estudiado con mejor calidad y más en profundidad.

José Manuel Pedrosa  
(Universidad de Alcalá)

